

1. No sólo mediante el derecho: a partir de un debate con Phyllis Schlafly*

[1982]

Estoy aquí para hablar sobre el significado y el futuro de los derechos de las mujeres. La señora Schlafly proclama hablar como mujer a todas las mujeres y en nombre de todas las mujeres. Yo también. Ella proclama hablar desde la mujer que existe en todas las mujeres. Yo también. Ella proclama hablar de lo que las mujeres sabemos a partir de nuestras propias vidas. Yo también. Y acerca de nuestras aspiraciones y nuestros miedos más profundos.

Nosotras representamos dos visiones distintas de la situación de la mujer. Las diferencias que existen entre nosotras obligan a formular una de las preguntas más importantes y más desatendidas de la historia: ¿qué quiere decir “hablar como mujer”? ¿quién habla en nombre de las mujeres?

Yo hablo como feminista, aunque no todas las feministas concuerdan con todo lo que digo. La señora Schlafly habla como conservadora. Ella y yo vemos un mundo similar, pero lo retratamos de diferente manera. Nosotras vemos hechos similares, pero tenemos explicaciones y evaluaciones muy diferentes de esos hechos.

Ambas vemos diferencias sustanciales entre la situación de las mujeres y las de los hombres. Ella interpreta las distinciones como naturales o individuales. Yo las veo como fundamentalmente sociales. Ella las considera inevitables o justas —o quizá solamente inevitables y *en consecuencia* justas—, ya sea porque son buenas y por lo tanto aceptables o porque se las puede superar individualmente mediante una combinación justa de voluntad y dedicación. Yo creo que la situación de las mujeres es injusta, contingente e impuesta.

* En los últimos días del último intento de ratificar la Enmienda de Igualdad de Derechos (ERA, del inglés *Equal Rights Amendment*) debatí dos veces con Phyllis Schlafly, una líder conservadora opositora. Uno de los debates tuvo lugar en la Stanford Law School, en Stanford, California, el 26 de enero de 1982; el otro se llevó a cabo en la School of Theology, en Claremont, California, el 16 de marzo de 1982.

Para poder hablar de las mujeres como feminista, primero yo necesito corregir la idea que tiene la señora Schlafly sobre el movimiento de las mujeres. El feminismo no es, como ella lo define de manera implícita, el liberalismo aplicado a las mujeres. Su ataque contra el movimiento feminista es una profunda malinterpretación del feminismo. Su crítica contra el movimiento de las mujeres es un artefacto, una aplicación de su acendrada crítica contra el liberalismo, así como su ataque contra la Enmienda de Igualdad de Derechos (ERA) es un artefacto de su oposición contra el gobierno federal. Las mujeres como tales son incidentales, un argumento subalterno, no central, tanto para el liberalismo como para la crítica del liberalismo que propone la señora Schlafly.

El liberalismo define la igualdad como mismidad. Es comparativo. Para determinar si se es igual, hay que ser igual a alguien que establece el estándar con el cual se compara. Según este enfoque, la diferencia de género es el mal que afecta la situación de las mujeres dado que necesariamente impone la no mismidad de hombres y mujeres. El feminismo –basándose en las lecciones del feminismo socialista sobre clase y privilegio, en las lecciones del feminismo lésbico sobre sexualidad y en las lecciones del feminismo de las mujeres de color sobre el racismo y las comunidades de resistencia que cultivan el autorrespeto– no define la igualdad de esa manera. Para el feminismo, la igualdad equivale a la aspiración de erradicar, no a la diferenciación de género, sino la jerarquía de género.

Nosotras postulamos el fin de la subordinación forzada, de las opciones limitadas y de la falta de poder social: tres situaciones basadas en el sexo, entre otras cosas. La diferenciación, para el feminismo, es sólo una estrategia para mantener sojuzgadas a las mujeres. El liberalismo ha sido subversivo para nosotras por señalar que nosotras hemos tenido la audacia de compararnos con los hombres, de medirnos según los estándares masculinos y en términos masculinos. Nosotras *buscamos* acceder al mundo masculino. Nosotras *criticamos* el hecho de haber sido excluidas de las ambiciones masculinas. Pero el liberalismo nos impone un límite que el feminismo no impone. Nosotras también *criticamos* las ambiciones masculinas desde el punto de vista de las mujeres, desde la perspectiva de nuestra experiencia social en tanto mujeres.

El feminismo busca empoderarnos en nuestros propios términos. Pretende valorar lo que las mujeres hemos hecho desde siempre y pretende asimismo que podamos hacer todo lo demás. Nosotras pretendemos no sólo ser valoradas por quienes somos, sino también tener acceso al proceso mismo de definición del valor. De este modo, nuestra demanda de acceso se transforma también en una demanda de cambio.

En otras palabras, tanto la señora Schlafly como yo argumentamos que en cierto sentido “las mujeres no somos personas”, pero con significados muy diferentes. Cuando la derecha afirma a las mujeres en tanto mujeres, afirma el cuerpo de la mujer como determinante del rol existente de las mujeres, al que considera su lugar correcto: el lugar que las mujeres deben ocupar. Las feministas criticamos las disparidades sociales entre los sexos, que no sólo excluyen a las mujeres de la categoría de persona tal como ha sido definida, que no sólo distorsionan inseparablemente el cuerpo y la mente de la mujer, sino que también definen la categoría de persona en maneras que nos resultan repugnantes. La imagen de persona existente en la sociedad jamás ha representado o acompañado aquello a lo que nosotras, en tanto mujeres, con experiencia de mujeres, hemos tenido acceso o aspiramos a tenerlo.

La señora Schlafly se opone al feminismo, a la ERA y al cambio básico en la condición de las mujeres, como si la meta central del movimiento de las mujeres fuera imponer una sociedad libre-de-género, como si nosotras definiéramos la igualdad como mismidad. Eso no es así. Nuestra preocupación no es la diferencia de género, sino *la diferencia que hace el género, el significado social* impuesto sobre nuestros cuerpos; lo que significa ser una mujer o un hombre es un proceso social y, como tal, está sujeto al cambio. Las feministas no buscamos la mismidad con los hombres. Más bien criticamos lo que los hombres han hecho de sí mismos y del mundo que nosotras, también, habitamos. No buscamos dominar a los hombres. Para nosotras, la idea de que el poder significa que alguien debe dominar es una idea masculina. Nosotras buscamos una transformación en los términos y las condiciones del poder mismo.

Yo he afirmado que el lugar de las mujeres es no sólo diferente sino inferior, que no es elegido sino forzado. Para documentar mi afirmación necesito preguntar: ¿cuál es la situación de las mujeres? Dado que a cada una de nosotras nos ocurre en forma aislada, de a una por vez, parece individual, e incluso elegida. La señora Schlafly enseña que si seguimos las reglas asignadas al rol de la mujer –es decir, si somos enérgicas, vivaces, diligentes, “positivas” y sabemos elegir con inteligencia–, el mundo será nuestro. Para confrontar sus requerimientos, no sólo tendremos que preguntarnos qué les ocurre a las mujeres que se salen del lugar asignado a las mujeres, sino también qué nos ocurre *en* ese lugar. ¿Qué ocurre con las mujeres que no buscan establecer otros tratos con la sociedad, sino que aceptan el trato tradicional que la sociedad les impone a las mujeres, el trato que la señora Schlafly defiende?

Quiero compartir con ustedes un cálculo tomado de la experiencia colectiva de las mujeres en los Estados Unidos. Todas empezamos siendo niñas. Una de cada doscientas de nosotras, desde una estimación conservadora, es abusada sexualmente por su propio padre durante la niñez. Si se incluyen hermanos, padrastros, tíos y amigos de la familia en el cálculo, algunos estiman que el promedio sube a dos de cada cinco mujeres.¹ A medida que crecemos, se nos presiona para que tengamos sexo y así seamos populares y, al mismo tiempo, se nos disuade de tener sexo en aras de la virtud; y además nos advierten que, si esto nos enloquece, iremos a parar a una institución psiquiátrica. Y más de una vez, nos castigan por tener la misma conducta que no sólo no es castigada sino que es estimulada en los niños pequeños. Me gustaría que la señora Schlafly explicara eso.

Cualquiera de nosotras puede ser violada en la calle en cualquier momento; desde una perspectiva conservadora, tenemos un promedio de una mujer violada cada seis minutos. Un estudio aleatorio realizado recientemente en la ciudad de San Francisco mostró que el 44% de las mujeres ha sido víctima de violación o de intento de violación por lo menos una vez en su vida... también dentro de sus matrimonios. Los porcentajes son todavía más altos para las mujeres de color.² ¿Qué propone hacer la señora Schlafly contra la violación? ¿Cuál es su posición respecto de la violación en el matrimonio? ¿Existe tal cosa, o las mujeres tienen el deber de someterse? ¿Eso podría ser parte de la razón por la cual la violación es tan frecuente? En el mismo estudio aleatorio, sólo el 7,8% de las mujeres reportó *no* haber experimentado asalto o acoso sexual.³ ¿Cómo lo justifica o cómo responde a esto la señora Schlafly?

Las mujeres somos sistemáticamente golpeadas en nuestros hogares por hombres con quienes mantenemos una relación cercana. Se estima que entre un cuarto y un tercio de las mujeres casadas experimentan violencia grave en su hogar: para algunos estudios, alcanzan el 70%.⁴ Cuatro de cada cinco mujeres asesinadas son asesinadas por hombres; entre un tercio y la mitad de esas mujeres están casadas con sus asesinos.⁵ Si a

eso agregamos los novios y los ex cónyuges, los números aumentan. La defensa que la señora Schlafly hace de la familia refuerza el sentimiento de culpa que mantiene a las mujeres en estas situaciones viciosas, física y emocionalmente mortíferas. Si nos quedamos, si nos sometemos, si hacemos todo lo que él quiere, probablemente mejorarán las cosas. Tenemos que creerle cuando nos dice que se arrepiente. ¿Pero cómo explica la señora Schlafly la violencia de los hombres contra nosotras? ¿Acaso piensa decirnos que son solamente "algunos hombres", que son excepciones desviadas de la regla? ¿Un tercio o la mitad de los hombres? ¿O nos dirá que debemos estar agradecidas... ya que la familia civiliza a los hombres y en realidad podría ser mucho peor? Yo digo que la familia legítima la violencia contra las mujeres y llama a eso civilización.

La mayoría de las mujeres trabajan tanto fuera como dentro de la casa: en el gueto laboral femenino, en empleos de tacón alto y estatus bajo por una paga ínfima. La señora Schlafly dice estar a favor de igual paga por igual trabajo, pero la paga desigual es una función de la familia tradicional encabezada por el varón que ella tanto defiende, en la que el salario más alto del varón está justificado precisamente porque debe mantener a la familia. El salario de la mujer es un extra. Esto explica en parte por qué el trabajo de las mujeres —aun cuando somos cabeza de familia, como ocurre cada vez más— lleva al hogar entre 0,53 y 0,59 centavos del dólar promedio masculino. Incluso sumando la formación profesional y los años trabajados, las mujeres ganamos menos (Joint Economic Committee, 1982: 11, 12). ¿Cómo explica esto la señora Schlafly?

El matrimonio es el destino de la mujer, un destino que la señora Schlafly defiende y busca prolongar. Ahora bien, tres de cada cinco matrimonios terminan en divorcio después de cerca de cinco años, dejando a la mujer aproximadamente con un hijo, aproximadamente sin ingresos y con un estándar de vida drásticamente inferior al de su ex marido (Strober, 1975: 346-375). ¿Quiénes, entre nosotras, están en condiciones de solventar la "elección" exclusiva de dedicarse al hogar y la maternidad que propone la señora Schlafly? Las pocas privilegiadas, en su mayoría mujeres blancas y de clase alta. ¿Por qué la señora Schlafly no exige un salario para ese trabajo hogareño que tanto valora... junto con seguridad social, derechos jubilatorios y seguro de discapacidad por el trabajo de la

1 Russell (1986: 217, 270). Véanse también Finkelhor (1979: 83, 92) y Herman y Hirschman (1977: 735).

2 Russell (1983: 688), Federal Bureau of Investigation (1965, 1974, 1976; 1981: 6, 14, 15), Hindelang y Davis (1977: 91, 110) y Russell (1982).

3 Sobre la cita, véase la nota 17 en "Introducción".

4 Dobash y Dobash (1979: 14-20), Langley y Levy (1977), Lentzner y DeBerry (1980), Stark, Flitcraft y Frazier (1979: 461-493), y Walker (1979: 19-20).

5 Boudouris (1971: 667-671); Gibson y Klein (1969); Von Hentig (1948: 392);

MacDonald (1911: 88, 96); Mulvihill, Tumin y Curtis (1969); véase el análisis de la información de la National Commission on the Causes and Prevention of Violence en Bowker (1979: 371, 384), Wolfgang (1958: 32, 50-67, 204, 213-214, 217) y Zahn (1975: 400).

mujer, no por el del varón? Todos los derechos por los que aboga la señora Schlafly están basados en el trabajo del hombre, no en el trabajo de la mujer. ¿Acaso no sabe que el trabajo hogareño *es* trabajo? El gobierno no tiene que pagar por él: los negocios privados o las familias pueden hacerlo.

En este contexto es instructivo preguntar: ¿cuál es la mejor opción económica de las mujeres? En 1981 una prostituta promedio de Manhattan ganaba entre 500 y 1000 dólares por semana (Griffin, 1982).⁶ Aparte del trabajo de modelo (con el cual tiene mucho en común), la prostitución es el único trabajo por el cual las mujeres —como grupo— recibimos mejor paga que los hombres. Tengamos en cuenta, entonces, por qué se nos valora. Un estudio reciente muestra que la única diferencia entre las prostitutas y otras mujeres con un origen de clase similar es que las prostitutas ganan el doble.⁷ El 13% de nosotras somos o hemos sido prostitutas (Griffin, 1982).⁸ La señora Schlafly puede “rechazar” la idea si le place. Pero en vez de tildarnos de inmorales, ¿por qué no apunta contra las condiciones que hacen que la prostitución sea fundamental para el estatus social de las mujeres?

Ahora consideremos qué tan parecida es la condición de las prostitutas, no sólo a la de aquellas mujeres que realizan un intercambio más permanente de sexo-por-supervivencia, sino a la de aquellas que debemos hacerlo a diario. El acoso sexual en el ámbito laboral es precisamente eso, salvo que además tenemos que hacer el resto del trabajo. Un estudio del ámbito laboral federal reveló que el 42% de todas las empleadas había sido víctima de acoso sexual en los dos años anteriores, y el 17%, severamente.⁹ La señora Schlafly nos dice que las mujeres virtuosas, con raras excepciones, casi nunca son acosadas. Sólo en el mencionado estudio del ámbito laboral federal, las mujeres que denunciaron acoso sexual integran un grupo que tiene el mismo tamaño que la ciudad de Denver, Colorado. ¿Acaso la señora Schlafly piensa que también pedimos ser violadas?

Mientras ocurre todo esto, las mujeres pobres sufren abortos mal practicados, y la señora Schlafly trabaja por regresarnos a los días anteriores

a 1973, cuando el aborto ilegal era la causa principal de muerte y mutilación materna. Ninguna de nosotras se permitiría correr ese riesgo, que es desproporcionadamente soportado por las mujeres de color. En la ciudad de Nueva York, en 1970, la mitad de las mujeres que murieron por causas relacionadas con el aborto eran Negras y el 44% eran puertorriqueñas.¹⁰ La señora Schlafly trabaja para que el aborto vuelva a ser un delito, o una opción falsa sin empoderar de ninguna manera a las mujeres para que tengan la opción de negarse al sexo forzado. ¿Por qué no pregunta si las mujeres realmente tenemos poder sobre el acto sexual cuando *nos* culpa por quedar embarazadas? ¿Cuál es su posición respecto de los anticonceptivos? ¿Qué está haciendo para lograr que el aborto resulte innecesario?

La visión feminista de la situación de las mujeres puede resumirse así: en el tiempo y en el espacio hay demasiada variación en el estatus, el rol y el tratamiento dado a las mujeres para considerarlos un hecho biológico, y muy poca variación para considerarlos un fenómeno individual. Desde esta perspectiva, mujeres y hombres parecen más similares biológicamente y más diferentes socialmente de lo que por lo general se supone. El *tratamiento* social que recibimos es por cierto distinto: la diferencia entre poder y falta de poder. Lo que las mujeres tenemos en común, incluyen-

10 Escribí la palabra “Negras” con N mayúscula. Me han dicho que “negro” se considera, convencionalmente, como un color antes que como una designación racial o nacional, y que por ese motivo no suele escribirse con mayúscula. No considero que “Negro” sea meramente un color de piel sino más bien una herencia, una experiencia, una identidad cultural y personal. Adquiere su significado bajo condiciones sociales específicas, una de las cuales es el racismo, una de las cuales es la lucha políticamente autoconsciente contra el racismo. “Negro” es, desde esta perspectiva, una creación social equiparable a —y, por lo menos en el contexto norteamericano, tan significativa y definitiva como— cualquier etnia lingüística, tribal o religiosa —todas las cuales se reconocen convencionalmente con el uso de mayúsculas—. Si bien escribir “blanco” con mayúscula podría equivaler a exponerlo como algo igualmente contingente y político, y quizás incluso revelar la unidad definitiva del privilegio que confiere, dadas las actuales condiciones de supremacía blanca me parece innecesario subrayarlo como una autoidentificación afirmativa. Escribir con mayúsculas ambos términos equivaldría también a comunicar una igualdad que por el momento es falsa, y no implicaría tomar partido por alcanzar la igualdad verdadera.

Los datos y opiniones sobre el aborto provienen del National Center for Health Statistics (1980); Steichen Calderone (1958), véase especialmente “Illegal Abortions in the United States”, pp. 50-66; Dworkin (1983: capítulo 3); Radford Ruether (1981: 831); Grisez (1970), un trabajo crítico conservador, véase especialmente el capítulo 2, “A Sociological View”; y Westchester Coalition for Legal Abortion (s. f.).

6 Es probable que los proxenetas recibieran la mayor parte del dinero.

7 Véase especialmente el discurso 18, que cita a Priscilla Alexander, codirectora de NOW National Task Force on Prostitution.

8 Véase también Barry (1979).

9 U.S. Merit Systems Protection Board (1981). Sobre educación, véase National Advisory Council on Women's Education Programs (1980).

do nuestra diversidad, proviene de la posición social que compartimos. Esta es nuestra manera de explicar nuestra situación. Yo quiero saber: ¿acaso la señora Schlafly piensa que la violación, el maltrato doméstico, la prostitución, el incesto, el acoso sexual, la paga desigual y la maternidad forzada expresan –en sus propias palabras– “las diferencias que las personas razonables desean establecer” entre mujeres y hombres? ¿Está hablando de diferencias sexuales? De no ser así, ¿cómo las explica?

Las feministas hemos sido las primeras en considerar la situación de las mujeres desde el punto de vista de las mujeres. Hemos expuesto las desventajas del sexo forzado y la maternidad forzada. Las mujeres reaccionan al feminismo: “Antes pensaba que era culpa mía”. La señora Schlafly dice: “Es culpa tuya”. Las mujeres reaccionan al feminismo: “Antes pensaba que estaba sola”. La señora Schlafly dice: “*Estás sola*”.

Ahora quiero analizar con ustedes el rol de la ley en el futuro de los derechos de las mujeres. La ley por sí sola no puede cambiar nuestra condición social. Puede ayudar. Hasta el momento ha ayudado muy poco. La definición misma del delito de violación y todo lo que debemos probar para que nos crean que hemos sido violadas no se condicen con nuestra experiencia del daño. La realidad es que no sólo las mujeres casadas, sino también las otras mujeres que los hombres conocen o con quienes conviven pueden ser violadas a voluntad. Los hombres lo saben. La violación no es ilegal, está regulada. Cuando un hombre ataca a su esposa, todavía se lo considera una interna doméstica, algo permisible; cuando ella reacciona, es un delito. Por otra parte, el hecho de que el acoso sexual sea ilegal ha sido empoderador para las mujeres. Eso significa que una mujer que resiste las incursiones de un hombre sabe que no está sola, que alguien además de ella piensa que el acceso a su cuerpo no es su derecho automático. La ley también ha contribuido a que a las mujeres no nos consideren criminales cuando necesitamos poner fin a un embarazo. Nosotras mismas ya nos castigamos lo suficiente.

Yo analizo la ERA dentro de este contexto. La ley –como la caza, la guerra y la religión– ha sido hasta ahora una esfera masculina. Los valores y las cualidades de estos tres emprendimientos han definido tanto el rol masculino como la vida pública. Han definido qué significa el poder.

La pregunta feminista por el futuro de los derechos de las mujeres es la siguiente: si nosotras adquirimos y utilizamos esas formas de poder, incluyendo la economía (el equivalente moderno de la caza), el uso de la fuerza física (del cual la guerra es una forma) y las herramientas de la ley (la religión secular), ¿las usaremos de otra manera? ¿Las usaremos como mujeres y para todas las mujeres? La cuestión candente no es si los varo-

nes o las mujeres biológicos ocupan posiciones de poder, si bien es cierto que las mujeres deben ocuparlas. La cuestión es: ¿con qué nos identificamos?, ¿cuáles son nuestras lealtades?, ¿ante quiénes somos responsables?

Las mujeres que se oponen a la ERA consideran que esta enmienda las vuelve “personas” neutras, pero al mismo tiempo temen ser tratadas como mujeres. No es un temor ilusorio. Las mujeres le dicen al Estado: “No confiamos en que vayas a darnos tanto como tomas”. Las feministas concordamos con eso. Pero oponerse a la ERA sobre esta base equivale a poner en juego esos temores sin confrontar el hecho de que la nuestra es una sociedad desigual –una sociedad que la ERA, en manos femeninas, podría mejorar– que hace que esos temores sean racionales. Yo estoy a favor de la ERA. Creo que es progresista, o incluso transformadora. Es una de las muchas pequeñas iniciativas que podemos emplear. Cada vez que escucho a la derecha atacarla, estoy todavía más a favor que antes, porque los derechistas piensan que tendrá un gran alcance. La realidad –y me niego a admitir que la ERA esté dando las últimas bocanadas de aire– es más modesta. La ERA otorgará a las mujeres un lugar en la Constitución, fortalecerá los triunfos ya obtenidos y aportará una base para seguir adelante.

Dos de los problemas favoritos de la derecha con respecto a la ERA son el servicio militar y el matrimonio homosexual. La ERA probablemente instaría a los militares a ser neutros respecto del género. Yo estoy en contra de la conscripción involuntaria. Creo que si verdaderamente se requiere ir a una guerra, la gente se movilizará. También creo que el reclutamiento exclusivo de varones es profundamente antimasculino. Cada hombre reclutado tendría un 50% de probabilidades de no serlo si las mujeres también debieran cumplir el servicio militar. El servicio militar exclusivamente masculino discrimina contra los hombres. También resulta profundamente inconsistente que la señora Schlafly esté involucrada en las políticas de defensa y al mismo tiempo sostenga que las mujeres no tienen lugar en las fuerzas armadas. Ya estamos hartos de las políticas diseñadas por personas categóricamente inmunes a las consecuencias personales de esas políticas. En cuanto a los efectos civiles del servicio militar, cabe señalar que este entrena a los hombres en el ejercicio de la violencia. Las mujeres golpeadas se quejan de que sus maridos adquirieron capacidades abusivas en el ejército. ¿Acaso no quieren que también nosotras aprendamos a matar?

En cuanto al tema de los matrimonios entre homosexuales, dudo que la interpretación de la ERA tienda a legalizarlos, aunque personalmente no estoy en contra. La mayoría de los matrimonios continuarían siendo

heterosexuales; las personas seguras de su heterosexualidad no estarían amenazadas por la disponibilidad de esta opción. Sin embargo, me pregunto por qué los gays y las lesbianas querían contraer matrimonio, cuando hasta las feministas estamos exponiendo sus problemas en tanto institución social. Comprendo el deseo de legitimar las uniones y sé que las consecuencias legales no son menores. Además, creo que reconocer la unión de dos "personas" entre las que no pudiera presumirse superioridad o inferioridad sobre la base del género traería consecuencias asombrosas para la institución matrimonial.

Tengo en claro que no todo lo que necesitamos las mujeres puede obtenerse mediante la ERA, y no sólo mediante la ley. Para tener un futuro, los derechos de las mujeres tendrán que poner fin a la pornografía —no contenerla ni suprimirla ni regularla—, tendrán que poner fin a la demanda de erotizar la degradación de las mujeres. Hablo de un mundo en el que los hombres ya no se exciten rebajando a las mujeres. Me gustaría que la señora Schlafly se preguntara: ¿por qué quieren pornografía los hombres? Mientras no llegue el día en que los cuerpos de las mujeres dejen de ser utilizados para vender coches, los cosméticos dejen de ser necesarios para el éxito de la imagen de las mujeres y todas nosotras dejemos de ser humilladas y torturadas para dar placer a los hombres, las mujeres no tendremos derechos.

La ERA resulta más positiva cuando recordamos de qué forma parte, cuando recordamos cómo sería tener ciertos derechos que vale la pena tener. No sólo queremos que nos permitan jugar con los varones, sino poder cuestionar por qué el objetivo y la ética del deporte es la competencia. No sólo pretendemos que nos tomen en serio, sino poder preguntar por qué el mérito se define como membrecía de una elite. No sólo queremos sobrevivir con nuestra dignidad y nuestra sexualidad intactas, sino también poder medir nuestros logros más allá de los dólares ganados, y habitar nuestro cuerpo y expresar nuestra sexualidad sin responder a un guión construido según un estereotipo. No sólo queremos poder defendernos a nosotras mismas, también queremos no tener que hacerlo cada minuto de cada día; y queremos cambiar las condiciones que han hecho de la fuerza, no un medio para dar vida, sino para quitarla.

Entonces, para que podamos recordar hacia dónde nos dirigimos —parafraseando a Monique Wittig (1973: 89), "y si eso falla, inventemos"—, propongo avanzar un paso más allá. Yo lo llamo "la enmienda de los derechos de las mujeres". Dice así: "La subordinación de las mujeres a los hombres acaba de ser abolida".

Miren: las mujeres rechazamos la sociedad que define la violación como cualquier otra cosa que no sea una violación de nosotras, que no nos cree cuando denunciemos esa violación, que pretende componer las cosas preguntando si acaso la merecíamos o la deseábamos o la disfrutamos. Nosotras rechazamos la sociedad que protege la pornografía como libertad de expresión sin considerar que esa práctica aterroriza y silencia a las mujeres; o, como diría la derecha, rechazamos la sociedad que imagina suprimir la pornografía sin preguntarse por qué los hombres la necesitan mientras defiende las relaciones sociales que la requieren. Se trata de una sociedad que oblitera el hecho de que las mujeres son golpeadas en sus hogares —a los que considera un paraíso— y afirma una idea de familia para la cual el maltrato es endémico. Esa sociedad se resiste a pagarnos por las tareas domésticas, tareas que la mayoría de nosotras realizamos, diciendo que nuestra recompensa radica en que sean debidamente valoradas. Nos gustaría poder tragarnos ese hueso. Esa sociedad se resiste a la igualdad laboral de las mujeres y se niega a pagarnos lo mismo que a los hombres cuando realizamos un trabajo igual o por lo menos comparable al que realizan ellos; pero a la vez se rehúsa a ver que nuestras opciones, tal como se las suele llamar, están conectadas: trabajar a cambio de nada en la casa, a cambio de poco en el mercado, a cambio de poco más (al menos durante un tiempo) en la calle. Deploramos que nos obliguen a la maternidad a través del sexo no deseado, que nos impidan usar anticonceptivos o nos desalienten de hacerlo, que la culpa o la pobreza nos impidan hacernos un aborto y que luego nos impongan el cuidado de los niños... a nosotras solas. Queremos poder *querer tener* hijos. Deploramos que nos culpen por lo que nos hacen los hombres, que nos digan que nosotras mismas lo buscamos cuando nos violan o nos acosan sexualmente; deploramos vivir con el miedo constante de que eso podría ocurrirnos en cualquier momento tornándonos disponibles, y debemos achicar el espectro de nuestras vidas para no ser las próximas en la lista de víctimas, a sabiendas de que la mayoría de los hombres podrían, probablemente y según las estadísticas, salirse con la suya. Ya estamos hasta la coronilla de la glorificación de esta heterosexualidad, de esta erotización de la dominación y la sumisión (Morgan, 1975), mientras la expresión sexual centrada en la mujer es negada y estigmatizada.

Quisiera retomar la pregunta de quién habla en nombre de las mujeres y a la vez formular una pregunta feminista para responderla. ¿Nuestras vidas son un fiel reflejo de nuestros puntos de vista? La señora Schlafly

nos dice que el hecho de ser mujer no ha sido un obstáculo en su camino. Que sabe de qué habla porque le ocurrió a ella. La señora Schlafly podría formar parte de ese excepcional 7,8%... ¿pero quién lo sabe? Sin embargo, cualquier hombre graduado en Leyes que haya trabajado en ciencias políticas; que haya disertado sobre un amplio espectro de temas importantes durante décadas; que haya realizado un trabajo eficaz y brillante en cuanto a política, políticas y organización dentro del partido; que haya publicado ampliamente, entre otras cosas nueve libros; cuya participación haya sido fundamental para detener una iniciativa social importantísima destinada a enmendar la Constitución teniendo casi garantizada la derrota; y que además tenga una sólida y hermosa familia... un hombre con semejante historial indudablemente ocuparía un cargo en el gobierno actual. El hecho de haber criado seis hijos –una calificación de la que pocos hombres pueden jactarse (y seguramente, de poder hacerlo, no tendrían tan buenas razones)– marcó la diferencia. Corríjanme si me equivoco y coloquen a la señora Schlafly en algún puesto de gobierno. Muchas veces se dijo que ella anhelaba ocupar un cargo gubernamental, pero nunca creo del todo lo que publican los periódicos, sobre todo respecto de las mujeres. Ciertamente la señora Schlafly merecía un lugar en el Departamento de Defensa. Phyllis Schlafly es una mujer calificada.

Acuso a la administración Reagan de haber discriminado a Phyllis Schlafly debido a su sexo. No creo que ella “esté saliendo con la gente equivocada”, así define Schlafly a las mujeres que son victimizadas por los hombres. Aduzco, en cambio, que ha sido excluida por la idea de que las mujeres somos inadecuadas para hacer ciertas cosas en las que Phyllis Schlafly se destaca, que ha sido rechazada por los mismos hombres a quienes ayudó a subir al poder, que ha sido injustamente retratada por la prensa como una persona gruñona, antipática, rara y fría. Pero como muchas mujeres –aunque a mayor escala que la mayoría y arrastrando consigo a muchas de nosotras–, ella también ha sido reclutada como partícipe de su propia exclusión. Ha cultivado activamente la imagen de que las mujeres deben estar fuera del poder oficial y, en el mejor de los casos, ofrecerse como voluntarias, un rol que ella continúa desempeñando –aunque nótese que tuvo que *dejar su hogar* para defender su primacía en tanto mujer–, de modo que ahora no tiene otra explicación para su exclusión que su propia actitud de “mujer positiva”.

Porque son los valores de las esferas tradicionalmente masculinas los que definen la continuidad subyacente, la coherencia central, las preocupaciones que guían la vida de la señora Schlafly: la caza (el éxito mate-

rial en lo individual, la política económica en el nivel político), la guerra (el triunfo en las competencias en su vida personal; la política de defensa en el nivel nacional), la religión y la moral (las virtudes de la maternidad y la vida familiar) y el cultivo de valores sociales tradicionales en el nivel de la estructura social (como su oposición al aborto y su carrera en Leyes: la religión secular).

Antes de decidir que las feministas creamos los problemas contra los cuales luchamos, allá por 1967, la señora Schlafly conoció el sexismo cuando tuvo que enfrentarlo en carne propia. Cuando el hecho de tener seis hijos fue un obstáculo para que la designaran en un puesto partidario, incluyó en su libro *Safe-Not Sorry* un dibujo de una puerta que decía “Cuarteles generales del Partido Republicano”, donde había un cartel con el siguiente texto: “Los conservadores y las mujeres deben utilizar la entrada de servicio”. Hoy por hoy, los conservadores ya están adentro. ¿Las mujeres todavía deben usar la puerta de atrás?

Con esto no pretendo decir que saber que el dedo índice de la señora Schlafly puede apretar el gatillo nuclear me hace sentir particularmente segura: sólo digo que, según los estándares establecidos por los hombres para esa tarea, ella debería ocupar ese puesto. Personalmente, opino que la han menoscabado por estar asociada con los temas de mujeres. Digo que el análisis que hace de su propia situación es errado. Digo que le están aplastando la cabeza con el pie y que yo, entre muchas otras, estoy dispuesta a darle la oportunidad de cambiar de opinión.

¿Cómo sabemos cuándo un grupo está por debajo de otro? Tal vez cuando tenemos indicios de que los miembros de ese grupo pueden ser atacados y el ataque ignorado por las autoridades; o abusados físicamente mientras los demás hacen la vista gorda o lo encuentran divertido; o privados económicamente, como si en verdad lo merecieran; o que pueden convertirse en objeto de burla sin que nadie se pregunte qué tiene eso de gracioso; o que se los puede comparar imaginariamente a un animal, confinados a un estrecho espectro de tareas y funciones... mientras se les dice que todo eso es inofensivo o inevitable e incluso por su propio bien... y que además es lo mejor que pueden esperar teniendo en cuenta lo que son. Todo eso nos ocurre a las mujeres. Además, somos excluidas de los círculos dominantes y luego rechazadas porque no conocemos las internas; nos dicen que somos incapaces de pensar y nos roban nuestras ideas para usufructo ajeno; nos dicen que el pedestal es real y nos mote-

jan de ingratas y carentes de toda iniciativa cuando decimos que no es un pedestal sino una jaula; y, por si esto fuera poco, nos culpan de haber sido nosotras mismas quienes creamos todas estas condiciones desfavorables cuando nos resistimos a aceptarlas. Cuando unas pocas logramos superar todo esto, nos dicen que somos la muestra palpable de que los obstáculos no existen y nos ponen de ejemplos para sojuzgar a otras mujeres. "Ella pudo hacerlo... ¿por qué tú no puedes?". Nos usan como prueba mientras todos y cada uno de los problemas que compartimos las mujeres en tanto tales es tratado como un caso especial.

"Miren a su alrededor", como dice la señora Schlafly. Si el hecho de que las mujeres somos menos aptas físicamente que los hombres se demuestra por nuestra ausencia comparativa en roles físicamente demandantes, ¿por qué el hecho de que las mujeres no somos tan inteligentes como los hombres no se demuestra por nuestra falta de presencia comparativa en cargos docentes vitalicios, en el Congreso, en los tribunales, en los directorios ejecutivos, en las presidencias de universidades, en las editoriales de periódicos y libros?¹¹ ¿Por qué las pocas mujeres que alcanzan logros atléticos no prueban que *cualquier* mujer puede hacerlo, tal como la señora Schlafly dice que los casos ejemplares en los roles antes mencionados prueban que todas nosotras somos capaces de tales logros si lo intentamos? Ella dice que cualquier mujer puede. Yo digo que no *todas* las mujeres podemos mientras las pocas privilegiadas sigan siendo las únicas que alcanzan esos logros. La pregunta feminista no es si usted, como individuo mujer, puede escapar al lugar tradicionalmente asignado a las mujeres, sino si es socialmente necesario que siempre haya alguien en esa posición de la que usted, aunque provisoriamente, ha logrado escapar y *que ese alguien sea una mujer*. No podemos decir que hablamos por el 53% de la población y apoyar cambios sólo para unas pocas.

Volvamos a la cuestión de la categoría de persona y los derechos. Las mujeres de derecha saben que socialmente las mujeres no somos personas. O bien están de acuerdo con eso, o bien temen aceptar una idea ilusoria de la vida como "personas", sabiendo que de todos modos serán *tratadas como mujeres*. No es de sorprenderse que busquen protección. Pero la supremacía masculina es un simulacro de protección. Nos hace depender de las mismas personas que nos tratan con brutalidad para que continuemos necesitando protección. Las feministas saben que la pro-

tección genera la necesidad de obtener más protección... y sin derechos propios (Rae Peterson, 1977: 360).¹²

Muchas veces he querido preguntarle a la señora Schlafly: ¿por qué tiene tanto miedo de nuestra libertad? Ahora estoy empezando a ver que si asumimos —como lo hace ella— que la desigualdad sexual es inalterable, la libertad puede parecer una temporada abierta de cacería de mujeres. Pero las mujeres merecemos algo mejor, y lo tendremos. Yo le doy mi palabra, señora Schlafly, de que la única pregunta por el futuro de los derechos de las mujeres —como ocurre con la ERA— no es "si" sino "cuándo".¹³

12 Véase también Rifkin (1980: 83).

13 Este debate se llevó a cabo en los últimos meses del intento más reciente de ratificar la ERA. Yo no había hablado sobre la ERA con anterioridad y tampoco me había involucrado activamente en los esfuerzos destinados a ratificarla. Dado que no quería interferir con su posibilidad de ser aprobada, su posibilidad de hacer algo por las mujeres, me autopersuadí de modificar mi crítica a su principal interpretación: Brown, Emerson, Falk y Freedman (1971: 871). Sobre la crítica modificada, véase MacKinnon (1979: 114-115, 264 n. 55). Ya no pienso que haya sido correcto quedarme callada mientras el debate sobre el significado de la igualdad sexual se definía en términos liberales, excluyendo la mayoría de los temas más cruciales para la mayoría de las mujeres y más centrales para sus situaciones. Me habían dicho que si proponía un análisis aún no probado, aunque más verdadero, de la igualdad sexual correría el riesgo de perder algo que, una vez ganado, podría ser interpretado de una manera más significativa. La deferencia hacia ese cálculo superó la sensación —una sensación que fue transformándose en convicción después de cada contratiempo— de que la interpretación predominante de la ERA y las estrategias en ella basadas no sólo limitarían el valor de la medida si ganaba, sino que además asegurarían que perdiera. Yo pensaba que la reducción del principio de igualdad de derechos a la conformidad empírica entre grupos estaba en cierto modo conectada no sólo con la incapacidad de la campaña para expresar las esperanzas y comprender los resentimientos de muchas mujeres (sobre un análisis feminista de las mujeres conservadoras en tanto mujeres, véase Andrea Dworkin, *Right Wing Women* [1983]), sino también con el desprecio de muchos defensores de la ERA hacia sus opositoras de sexo femenino, la señora Schlafly prominentemente incluida. En la primavera de 1982 al parecer quedaba muy poco que perder, incluso desde la verdad. Yo estaba decidida a tener una seria discusión con esa mujer formidable. Véase C. Felsenthal, *Sweetheart of the Silent Majority* (1981); Deborah Rhode, "Equal Rights in Retrospect", *1 Law & Inequality: A Journal of Theory and Practice*, 1 (1983).

La ERA significa igualdad para las mujeres, para aquellas que la buscan con urgencia, para aquellas que la aborrecen y para aquellas que piensan que establecerla por ley es en cierto modo obvio, e incluso redundante. Eso era cierto entonces, y continúa siéndolo ahora. La misma ERA fue repostulada después de su derrota el 14 de julio de 1982, aunque no logró alcanzar la cantidad necesaria de votos. Sigue siendo importante decir lo que podría significar la igualdad de las mujeres y lo que es en sus propios términos.

11 Anderson (1981: 119), Beazley (1977), Vance Grant y Eiden (1981: 107, 109, 119), Vance Grant y George Lind (1979: 100) y Mitchell (1981: 722).

5. Sobre la excepcionalidad: las mujeres como mujeres en el derecho*

[1982]

Hermanas y amigas. Esta noche hablo para celebrar la victoria, por ellas y por todas las mujeres, del ascenso de Rosalie y Mary Jean a la Corte Suprema del estado de Minnesota. Tengo la intención de ser crítica e inspiradora. Cuando le comenté a Rosalie que planeaba ser inspiradora, dijo: "¿En serio? ¿Controvertida no?". Y yo dije: "Rosalie, tú no puedes ser inspiradora al hablar sobre las mujeres sin ser controvertida". En particular, me he propuesto no ser instrumental. Tal vez ustedes piensen que no estoy siendo muy práctica. He aprendido que "práctico" es sinónimo de aquello que puede hacerse dejando el resto de las cosas tal como están. En ese sentido, el análisis y las ideas que me he propuesto transmitirles esta noche no son prácticos. Sin embargo, son una forma de práctica.

El decano Bob Stein dijo que este tema los tenía intrigados a todos. Yo creo que los tiene a todos con los cabellos de punta. Desde una perspectiva tradicional (sobre todo teniendo en cuenta mi reputación, que, según parece, y según me lo han transmitido con tacto algunas personas, me ha precedido), ustedes están esperando una diatriba feminista. Ustedes quieren saber por qué no podemos sencillamente relajarnos y ser sólo personas. ¿Por qué ella tiene que decirlo dos veces –las mujeres como mujeres– para hacerse entender? Las feministas, al escuchar el tema, se preguntarán si voy a enaltecer nuestra opresión y aceptarla como una identidad. ¿Nos hará tragar el estereotipo femenino en nombre del eterno femenino y llamará a eso "feminismo"? Por último, las mujeres exitosas, ya sean tradicionales o feministas –es decir, las mujeres que han triunfado en un sistema que no está construido para que triunfen las mujeres–, sienten la inminencia del desastre. Cuando una feminista ha-

* Este discurso fue pronunciado en honor a Rosalie Wahl, jueza asociada de la Corte Suprema de Minnesota, y Mary Jean Coyne, también jueza asociada de esa corte, en la University of Minnesota Law School, en Minneapolis, Minnesota, el 4 de octubre de 1982.

bla de las mujeres como mujeres en el derecho, esa mujer se propone criticar acerbamente a las mujeres que han triunfado por el solo hecho de haber triunfado. Siempre bajo el supuesto de que se deben haber vendido y, por lo tanto, no son verdaderas mujeres, porque las mujeres verdaderas fracasan o mueren en el intento.

En cambio, haré algo que, por lo menos según mi experiencia, nunca se ha hecho antes. Hablaré de una manera que no responde a ninguna de las categorías que pueden haberles hecho poner los cabellos de punta por anticipado. Hablaré —y aquí es donde nos meteremos en problemas con las personas más inclinadas a lo concreto entre nosotras— sobre algo a lo que no se le ha permitido existir y que, sin embargo, de algún modo existe. Haré una argumentación: que la definición de las mujeres en el derecho y en la vida *no es nuestra*. Mi disertación tendrá dos partes: la parte sobre el derecho y la parte sobre la vida. Argumentaré que las mujeres, en la ley de discriminación sexual y en la experiencia de la abogacía, no existimos como nosotras nos vemos en tanto mujeres. En estas esferas, no encontramos mujeres desde el punto de vista de las mujeres. No tenemos mujeres para nosotras mismas, mujeres para todas las mujeres, mujeres como miembros de una comunidad de interés para las mujeres, mujeres medidas por estándares que reflejen la experiencia y las aspiraciones de las mujeres en tanto mujeres. No se nos permite ser mujeres en nuestros propios términos. El juez Holmes (sin citarlo, ninguna discusión sobre jurisprudencia parece completa) dijo en 1881: “La vida del derecho no ha sido lógica: ha sido experiencia” (Holmes, 1963). Cuando pienso en el derecho y la vida, en la vida del derecho y en una vida en el derecho, me pregunto: ¿De quién es la experiencia?

A continuación, haré algunas generalizaciones amplias y abarcadoras sobre la doctrina de la discriminación sexual. En mi lectura, la discriminación sexual —esta ley bajo la cual se nos ofrece una oportunidad de afirmar nuestra igualdad con los hombres— ofrece a las mujeres dos rutas hacia la igualdad sexual. La avenida principal ve a las mujeres como si fuéramos hombres. Mide nuestra similitud con los hombres para ver si somos o podemos ser iguales a los hombres. Este estándar se llama “regla de igualdad”. Se lo considera de género neutro, abstracto, neutral, principista, esencialmente procedimental y objetivo. Yo argumentaré que, sustantivamente, este representa la masculinidad, el estándar masculino para los hombres, y lo aplica a las mujeres. La segunda vía disponible bajo la doctrina de la discriminación sexual ve a las mujeres como los hombres ven a las mujeres: como seres que necesitan protección especial, ayuda o indulgencia. Para establecer un caso, las demandantes tie-

nen que responder al estándar masculino para las mujeres: la feminidad. Esta vía es abiertamente, aunque incómodamente, reconocida como sustantiva, no como objetiva o abstracta. Se la considera compensatoria y específica de un sexo. Esta así llamada “discriminación benigna” es considerada la *única* manera de analizar a las mujeres sustantivamente como mujeres para los propósitos legales. En otras palabras, a los propósitos de la ley de discriminación sexual, ser una mujer significa ser como un hombre o ser como una dama. Debemos alcanzar el estándar masculino para los hombres o el estándar masculino para las mujeres.

El primer enfoque, considerado la regla de igualdad de género neutro, ignora el hecho de que los índices y los daños de sexo o sexismo a menudo reflejan que simplemente ser mujer puede significar que rara vez estemos en una posición suficientemente similar a la de un hombre para que el tratamiento diferente que nos lastima sea una cuestión de sesgo de sexo. Este enfoque refuerza nuestras desventajas sociales allí donde encuentra diferencias sexuales: lo cual, dada la desigualdad sexual, ocurre muy a menudo. El segundo enfoque refleja, en lugar de alterarla, la sustancia del estatus inferior de las mujeres. Presenta como igual protección lo que más bien parece un simulacro de protección: obtenemos tan poco de esta que continuaremos necesitando bastante más, pero no la necesitaríamos en absoluto si dejaran de obligarnos a necesitarla. De estas dos maneras, las formas legales de argumentar los daños de la desigualdad sexual oscurecen el género del referente de igualdad, mientras efectivamente contradicen —pero no cambian—, y difícilmente compensan, el contenido de los padecimientos de las mujeres específicos del sexo.

Hoy estamos viviendo las consecuencias combinadas de ambas reglas. Al mismo tiempo que muy pocas mujeres ganan acceso a las precondiciones que les permitirán afirmar efectivamente su igualdad en términos masculinos bajo el primer estándar, las mujeres creadas a imagen del rol tradicional que les atribuye la sociedad están perdiendo las garantías de ese rol: casi siempre frente a hombres que afirman la igualdad sexual bajo la primera regla. Las mujeres que piden que los tribunales hagan cumplir las garantías que han sido parte ideológica de la negociación de los roles de las mujeres están obteniendo muy poco —y cada vez menos—, y tampoco reciben los beneficios del cambio social que las calificaría para afirmar sus derechos en los mismos términos que los hombres. Las mujeres que deseamos salir de las relaciones tradicionales de las mujeres con los hombres y tornarnos personas abstractas, que preferimos ser excepcionales respecto de nuestra condición de mujeres en vez de

recibir las protecciones que de esta devienen, somos tratadas como si buscáramos ser como los hombres, sin conceder que de este modo se estaría admitiendo el sexo del estándar. Las mujeres que buscan cumplir ese estándar bajo la doctrina de la discriminación sexual obtienen igualdad con una venganza. Para ganar casos de discriminación sexual bajo la rúbrica de la igualdad, las deportistas, las académicas, las profesionales, las obreras y las militares, por ejemplo, han tenido que responder al estándar masculino: aquel según el cual los hombres son entrenados y preparados socialmente como hombres. Ellos nos dicen que no, que no es un estándar masculino, que es simplemente *el* estándar. Si una protesta, le dicen que se ponga a la altura de las circunstancias o desaparezca. A las mujeres que ocupan esos roles se les exige pagar el derecho de admisión, cumplir con esos estándares socialmente compactados: estándares que los hombres supuestamente cumplen aunque, en realidad, muy a menudo no lo hacen.

Las mujeres que realizamos reclamos de discriminación sexual en términos de roles tradicionales —es decir, en términos de las relaciones tradicionales de las mujeres con los hombres, como las viudas, las madres, las esposas— debemos dar a entender que necesitamos su protección. Si no damos esa imagen, nos evalúan como hombres en vez de atender a las vulnerabilidades específicas de la situación corriente de todas las mujeres. Por ejemplo, aplicando esta crítica a un caso con el que ustedes deben estar familiarizados, "Dothard v. Rawlinson", las mujeres fueron excluidas del trabajo de guardiacárcel en posiciones de contacto en las prisiones masculinas debido a lo que la corte denominó "su propio significado de ser mujeres", es decir, su capacidad de ser violadas.¹ Las demandantes fueron excluidas de un trabajo que deseaban con el pretexto de protegerlas, pero las condiciones que crean la violabilidad de las mujeres como definición del significado de ser mujeres no fueron consideradas, ni por asomo, susceptibles de cambio. Cuando los tribunales se enteren de que el acoso sexual es tan nocivo, generalizado y perjudicial para las mujeres en el ámbito laboral como la violación para las guardiacárceles en las prisiones masculinas, y tan disruptivo para la producción como la violación para la seguridad penitenciaria, ¿las mujeres seremos excluidas por completo del ámbito laboral?

A continuación, haremos una comparación por sexo. Eso es lo que supuestamente hace la ley de discriminación sexual. Aplicaremos a los

hombres todo lo que acabo de decir sobre las mujeres. A partir de la lista de mujeres que reciben las protecciones o los beneficios compensatorios de su situación de mujeres, garantizo que sin dudas hay muchos viudos que están en la situación de la mayoría de las viudas: en la pobreza. Unos pocos esposos son como la mayoría de las esposas: financieramente dependientes del cónyuge. También es cierto que unos pocos padres, como la mayoría de las madres, son padres a cargo del cuidado de los hijos y las hijas, para invocar otro caso.² Sin embargo, mi punto es que ocupar esas posiciones particulares es consistente con las normas establecidas para el género femenino. Ser pobre, financieramente dependiente y padre principal es parte de lo que significa ser una mujer. La mayoría de quienes están en esas circunstancias son mujeres. El enfoque de género neutro de esas circunstancias oscurece —mientras que el enfoque proteccionista rechaza cambiar— el hecho de que la pobreza, la dependencia económica, la maternidad y la accesibilidad sexual (nuestro estatus de blancos-de-violación-sexual) de las mujeres configuran sustantivamente el estatus de las mujeres *como mujeres*. Describe lo que es ser lo que son la mayoría de las mujeres. Que algunos hombres se encuentren en una situación similar no significa que ocupen ese estatus *como hombres*, como miembros de su género. Lo hacen como excepciones, tanto en las normas como en los números.

Las mujeres, para reclamar que están similarmente situadas con los hombres en el sentido en que lo exige la ley de discriminación sexual, también deben ser excepciones. Específicamente, deben poder reclamar todo lo que la desigualdad de género en general les ha negado en forma sistemática a las mujeres como sexo: independencia económica, calificación laboral, experiencia en los negocios, capacidades de liderazgo, asertividad y confianza, la estima de los pares, estatura física, fuerza o ímpetu, habilidad de combate, inviolabilidad sexual y credibilidad en todas las etapas de los procedimientos legales. Considerar a los sexos como individuos, es decir, de a uno por vez como si no pertenecieran a un género, oscurece a la perfección estas realidades colectivas tras la máscara del reconocimiento de los derechos individuales. Dado que las mujeres *no* estamos situadas similarmente a los hombres, sino que más bien somos desiguales socialmente, considerar a las mujeres de a una por vez en lugar de considerarlas como mujeres garantiza que sea sólo la mujer excepcional la que escape a la desigualdad de género lo suficiente

1 "Dothard v. Rawlinson", 433 U. S. 321, 335, 336 (1977).

2 "Weinberger v. Wiesenfeld", 420 U. S. 636 (1975).

para poder reclamar que esa desigualdad la daña. Parece que tenemos que ser ya iguales para poder quejarnos de la desigualdad.

Tampoco las mujeres como tales —las mujeres como mujeres en el sentido que intento desarrollar aquí— han definido, bajo ninguna guisa doctrinal, los términos del discurso o los estándares de opinión desde el punto de vista de las mujeres. Las deportistas, las académicas o las militares podemos obtener permiso para jugar con los chicos, pero no tenemos permiso para criticar la competencia ni la fuerza ni la rentabilidad en tanto estándar del deporte, ni para cuestionar la objetividad en tanto medida de excelencia intelectual o la abstracción como meta de la erudición, ni tampoco podemos rechazar el combate por considerarlo un medio peculiarmente eyaculatorio para resolver conflictos.

Ahora quiero hablar sobre la vida de un modo diferente: en la práctica del derecho. En la práctica del derecho, están disponibles para las mujeres los dos mismos roles fijados por los estándares de la ley de discriminación sexual, salvo que las abogadas debemos desempeñar ambos a la vez. Yo los llamo “el estándar hombre” y “el estándar de la dama”. Creo que para la mayoría de nosotras es evidente que un abogado exitoso es un hombre, en el sentido de que el rol de abogado exitoso es un rol masculino independientemente de la biología de quien lo ocupa. Ningún hombre se ve obligado a sentirse menos hombre por ser un buen abogado, más allá de su estilo particular. Ser abogado es también más sustancialmente consistente con el contenido del rol masculino, con lo que les enseñan a ser a los hombres en esta sociedad: ambiciosos, deseosos de llegar a la cima, capaces de hostilidad, agresivos y no sólo asertivos, no particularmente receptivos ni pasibles de salirse de una línea argumentativa para escuchar lo que otro está diciendo o, dios no lo permita, sintiendo. También requiere que uno no sea serio. Con esto aludo a lo que a mi entender quería decir Virginia Woolf cuando hablaba de “lealtades irreales” (Woolf, 1966 [1938]). No estar presente en lo que decimos en una manera que podría volvernos vulnerables, ejercitarnos en la pasión falsa y manipuladora, y en la intensidad fabricada. El rol del abogado tiene, como normas implícitas, las mismas cualidades que constituyen las normas explícitas de la masculinidad tal como esta ha sido socialmente definida. Es un rol de poder.

Una dama exitosa, por contraste, es deferente, considerada, como mucho asertiva, receptiva, y excesivamente sincera, y emocional. Nos califican de emocionales, no sólo cuando nos dicen que somos histéricas, sino cuando *realmente queremos decir* lo que decimos y no queremos decir las cosas que no sólo no queremos decir sino que queremos expresar exacta-

mente lo opuesto. No estoy diciendo que las mujeres seamos principistas. Estoy diciendo que parte del rol del abogado incluye la habilidad de no preocuparse por estar de uno u otro lado del argumento, y a las mujeres casi siempre nos critican por fallar en eso. Ahora bien, dado que usted es mujer abogada, ¿no se siente un poquito esquizoide?

La cualidad cardinal de la capacidad de negociar con éxito este cisma particular, esta exigencia de ser profesionalmente masculina y personalmente femenina al mismo tiempo y en todo momento, es que *no te identifiques como una mujer*. Voy a leer un breve extracto de una disertación de un abogado durante un seminario celebrado recientemente aquí mismo. Le preguntaron: “¿Tiene en cuenta el sexo cuando contrata a alguien?”. Su respuesta fue:

Desde que contrato personas mantengo registros, hablo con otros abogados; existe una red de contratación. Todos nos ponemos de acuerdo y violamos la Ley Robinson-Patman sobre cuánto vamos a ofrecer en términos de salarios y demás. [Risas.] Pero un comentario generalizado acerca de las mujeres en particular es que una de las razones por las que contratar mujeres hoy es, desde el punto de vista del contratante, mucho más fácil es que muchas más mujeres comunes y corrientes estudian leyes. Ustedes saben que en 1970 y 1971 uno se topaba con casi sufragistas, una clase de personas muy activistas, y, por cierto, contratarlas equivalía a romper algunas de las barreras existentes en la práctica privada o en el área corporativa. Las que agitaban esas banderas hicieron que parte del proceso de asimilación inicial [esto es una lectura dramática] en algunos de los estudios jurídicos más encumbrados resultara un poco más difícil al comienzo, pero creo que en realidad esos son temas viejos porque las mujeres que hoy asisten a la Facultad de Derecho son, en su mayoría, y para el caso los hombres también... quiero decir que estamos ante un tipo de candidato mucho más común y corriente que el que conocimos en el muy turbulento período de los años setenta.

Los hombres que agitan banderas quizá sean vistos como los abogados que ellos quieren, al ser el derecho una forma de combate. También parece claro que su idea es que las mujeres se asimilen a un estándar que establecen los hombres, y que eso se contradice si se identifican con los intereses de todas las mujeres, y en particular si son activistas, como las

sufragistas. Se supone que las mujeres debemos aceptar este contexto masculino e integrarnos: en sus palabras, asimilarnos. Para calificarnos, los entrevistadores quieren saber: "¿Es usted lo suficientemente hombre y dama para este trabajo?".

Entonces, ¿qué quiero yo decir cuando digo "mujeres"? Cuando pienso en lo que ven las mujeres como mujeres, en el punto de vista desde la situación de todas las mujeres, pienso en el hecho de que entre el 7% y el 8% de nosotras nunca hemos sido sexualmente atacadas ni acosadas.³ Pienso que ganamos la mitad de lo que ganan los hombres y que las únicas ocupaciones por las que esta sociedad, como cuestión estructural, paga más a las mujeres como grupo que a los hombres son la prostitución y la profesión de modelo. El destino de todas nosotras es el matrimonio. A aquellas de ustedes que piensan que el matrimonio es un trato igualitario, les recuerdo, sólo para comenzar, que, en cualquier lugar donde no podamos demandar por violación marital, el Estado garantiza que la mujer cumpla con la obligación de acceder sexualmente a los reclamos del marido. En cambio, no se ocupa de que los hombres cumplan con su supuesta obligación de proveedores.

Siguiendo, para mi análisis de la situación de todas las mujeres, es importante recordar que todas las mujeres no son iguales. Eso es lo que ellos creen: que todas las mujeres somos iguales. Eso no significa que no tengamos nada en común. La especificidad de la situación de cada mujer, todas nuestras particularidades –para enmarcarlo en una proposición dialéctica–, constituyen aquello que tenemos en común. Por ejemplo, la idea de que el lugar de la mujer es el hogar. Los estereotipos se transforman en estándares; las personas tratan de estar a la altura de esos estándares. Así funcionan, y para eso fueron creados; por eso es que casi siempre son verdaderos. Entonces, ¿este estereotipo es, en algún sentido, verdadero respecto de la situación de todas las mujeres? Me parece que es verdadero como estándar, como aquello contra lo cual nos medimos; pero como descripción necesita particularidad. Por ejemplo, no todas las mujeres hemos tenido la opción de un hogar donde estar o la opción de quedarnos allí todo el día. De modo que si decimos que el lugar de la mujer es el hogar –como si eso describiera la situación genérica de las mujeres–, no es verdad. A menos que el lugar de las mujeres Negras sea el hogar de otras personas. Eso *no es lo mismo*. Yo sugiero que lo que tenemos en común no es que nuestras condiciones no tengan particularidades importantes. Lo que

tenemos en común es que todas somos medidas por un estándar masculino no establecido para las mujeres, un estándar que no es nuestro.

Esto incluye a las abogadas. Además de compartir las condiciones que acabo de describir –condiciones de ataque sexual, económicas, matrimoniales– y la definición establecida para todas las mujeres de acuerdo con esas circunstancias, las abogadas nos vemos excluidas de los círculos internos y luego rechazadas porque no conocemos la trama interna o no jugamos según las verdaderas reglas del juego, las reglas del *currículum* tácito. Nos dicen que no podemos pensar y se apropian de nuestras ideas en provecho de otros; nos dicen que el pedestal es real y nos motejan de ingratas y carentes de toda iniciativa cuando decimos que no es un pedestal sino una jaula; y por si esto fuera poco, después vienen personas como Phyllis Schlafly que nos culpan de haber sido nosotras mismas quienes creamos todas estas condiciones desfavorables cuando nos resistimos a aceptarlas. Cuando unas pocas de nosotras, las excepciones, logramos superar todo eso, nos dicen que somos la muestra palpable de que los obstáculos no existen y nos ponen como ejemplo para sojuzgar a otras mujeres. "Ella pudo hacerlo... ¿por qué tú no puedes?" Nos usan como muestra*, nos ignoran como excepciones, mientras cada problema

* El término "muestra" es el más aproximado en castellano para traducir el inglés "token", que se refiere a una o a un pequeño número de mujeres aisladas en un ambiente dominado por hombres. La intención o función del arreglo es reducir la presión por una participación más significativa o más representativa de mujeres en un ambiente, que de otra forma sería exclusivo de un sexo, haciendo parecer que las mujeres no están excluidas. En tales situaciones, las mujeres que son sacadas a relucir como ejemplos de inclusión suelen presentar comportamientos consistentes con pensar que ellas ocupan esas posiciones solamente sobre la base de su superioridad sobre otras mujeres, en lugar de entender que están siendo usadas sobre la base de su sexo para mantener a otras mujeres afuera. Ellas suelen funcionar activamente para bloquear la entrada de otras mujeres en el ambiente, supuestamente sobre la base de que estas otras mujeres no están calificadas, o sea, no tan calificadas como lo están ellas. Más mujeres, en el sentido sin duda inconsciente de la "token", son experimentadas como una amenaza a su valor comparativo entre los hombres. Parte de la tragedia de las mujeres "token" que caen en este tipo de competición con mujeres en situaciones de escasez artificial y explotada es que la mujer "token" a menudo no es verdaderamente valorada o respetada por los hombres con poder que las rodean. Es posible que ella sienta esto. El hecho de que sólo le presten atención seriamente y le permitan ejercer poder real cuando es activa contra otras mujeres tiene los resultados obvios. Algunas mujeres que son "tokens" en números se resisten a la dinámica del "tokenism" y trabajan activamente para incluir y ser mentoras de otras, usando el poder que tienen para ayudarlas a subir la escalera, en lugar de tirar la escalera detrás de ellas. [N. de la A.]

sufragistas. Se supone que las mujeres debemos aceptar este contexto masculino e integrarnos: en sus palabras, asimilarnos. Para calificarnos, los entrevistadores quieren saber: "¿Es usted lo suficientemente hombre y dama para este trabajo?".

Entonces, ¿qué quiero yo decir cuando digo "mujeres"? Cuando pienso en lo que ven las mujeres como mujeres, en el punto de vista desde la situación de todas las mujeres, pienso en el hecho de que entre el 7% y el 8% de nosotras nunca hemos sido sexualmente atacadas ni acosadas.³ Pienso que ganamos la mitad de lo que ganan los hombres y que las únicas ocupaciones por las que esta sociedad, como cuestión estructural, paga más a las mujeres como grupo que a los hombres son la prostitución y la profesión de modelo. El destino de todas nosotras es el matrimonio. A aquellas de ustedes que piensan que el matrimonio es un trato igualitario, les recuerdo, sólo para comenzar, que, en cualquier lugar donde no podamos demandar por violación marital, el Estado garantiza que la mujer cumpla con la obligación de acceder sexualmente a los reclamos del marido. En cambio, no se ocupa de que los hombres cumplan con su supuesta obligación de proveedores.

Siguiendo, para mi análisis de la situación de todas las mujeres, es importante recordar que todas las mujeres no son iguales. Eso es lo que ellos creen: que todas las mujeres somos iguales. Eso no significa que no tengamos nada en común. La especificidad de la situación de cada mujer, todas nuestras particularidades –para enmarcarlo en una proposición dialéctica–, constituyen aquello que tenemos en común. Por ejemplo, la idea de que el lugar de la mujer es el hogar. Los estereotipos se transforman en estándares; las personas tratan de estar a la altura de esos estándares. Así funcionan, y para eso fueron creados; por eso es que casi siempre son verdaderos. Entonces, ¿este estereotipo es, en algún sentido, verdadero respecto de la situación de todas las mujeres? Me parece que es verdadero como estándar, como aquello contra lo cual nos medimos; pero como descripción necesita particularidad. Por ejemplo, no todas las mujeres hemos tenido la opción de un hogar donde estar o la opción de quedarnos allí todo el día. De modo que si decimos que el lugar de la mujer es el hogar –como si eso describiera la situación genérica de las mujeres–, no es verdad. A menos que el lugar de las mujeres Negras sea el hogar de otras personas. Eso *no es lo mismo*. Yo sugiero que lo que tenemos en común no es que nuestras condiciones no tengan particularidades importantes. Lo que

tenemos en común es que todas somos medidas por un estándar masculino no establecido para las mujeres, un estándar que no es nuestro.

Esto incluye a las abogadas. Además de compartir las condiciones que acabo de describir –condiciones de ataque sexual, económicas, matrimoniales– y la definición establecida para todas las mujeres de acuerdo con esas circunstancias, las abogadas nos vemos excluidas de los círculos internos y luego rechazadas porque no conocemos la trama interna o no jugamos según las verdaderas reglas del juego, las reglas del *currículum* tácito. Nos dicen que no podemos pensar y se apropian de nuestras ideas en provecho de otros; nos dicen que el pedestal es real y nos motejan de ingratas y carentes de toda iniciativa cuando decimos que no es un pedestal sino una jaula; y por si esto fuera poco, después vienen personas como Phyllis Schlafly que nos culpan de haber sido nosotras mismas quienes creamos todas estas condiciones desfavorables cuando nos resistimos a aceptarlas. Cuando unas pocas de nosotras, las excepciones, logramos superar todo eso, nos dicen que somos la muestra palpable de que los obstáculos no existen y nos ponen como ejemplo para sojuzgar a otras mujeres. "Ella pudo hacerlo... ¿por qué tú no puedes?" Nos usan como muestra*, nos ignoran como excepciones, mientras cada problema

* El término "muestra" es el más aproximado en castellano para traducir el inglés "token", que se refiere a una o a un pequeño número de mujeres aisladas en un ambiente dominado por hombres. La intención o función del arreglo es reducir la presión por una participación más significativa o más representativa de mujeres en un ambiente, que de otra forma sería exclusivo de un sexo, haciendo parecer que las mujeres no están excluidas. En tales situaciones, las mujeres que son sacadas a relucir como ejemplos de inclusión suelen presentar comportamientos consistentes con pensar que ellas ocupan esas posiciones solamente sobre la base de su superioridad sobre otras mujeres, en lugar de entender que están siendo usadas sobre la base de su sexo para mantener a otras mujeres afuera. Ellas suelen funcionar activamente para bloquear la entrada de otras mujeres en el ambiente, supuestamente sobre la base de que estas otras mujeres no están calificadas, o sea, no tan calificadas como lo están ellas. Más mujeres, en el sentido sin duda inconsciente de la "token", son experimentadas como una amenaza a su valor comparativo entre los hombres. Parte de la tragedia de las mujeres "token" que caen en este tipo de competición con mujeres en situaciones de escasez artificial y explotada es que la mujer "token" a menudo no es verdaderamente valorada o respetada por los hombres con poder que las rodean. Es posible que ella sienta esto. El hecho de que sólo le presten atención seriamente y le permitan ejercer poder real cuando es activa contra otras mujeres tiene los resultados obvios. Algunas mujeres que son "tokens" en números se resisten a la dinámica del "tokenism" y trabajan activamente para incluir y ser mentoras de otras, usando el poder que tienen para ayudarlas a subir la escalera, en lugar de tirar la escalera detrás de ellas. [N. de la A.]

que compartimos las mujeres es tratado en sí mismo como una excepción, como un caso especial. Entonces, a aquellos que dicen: "Cualquier mujer puede", como si la discriminación no existiera, como si *eso* fuera lo excepcional, yo les digo esto, y se los digo como mujer: "*Todas las mujeres no pueden*". Y eso seguirá siendo así mientras las únicas que puedan sean las pocas privilegiadas. Hasta que todas las mujeres podamos, ninguna de nosotras triunfará como mujeres, salvo las excepciones. Cuando fracasamos, fracasamos con el 53% de la población; cuando triunfamos, triunfamos solas. De modo que la cuestión feminista no es a mi entender si una de nosotras, como mujer individual, puede escapar a algunas de las cargas de la condición de todas las mujeres, sino si continúa siendo socialmente necesario que alguien permanezca en la posición de la cual hemos provisoriamente escapado y que ese alguien sea una mujer. Hablar como una mujer en este sentido es hablar desde la perspectiva y en el interés del 53% de la población, una comunidad de intereses basada en una realidad común de tratamiento. No estoy diciendo que el sentido de todo esto sea fácil u obvio en cada caso, pero ciertamente no es una perspectiva de excepcionalidad.

Cuando pienso en Rosalie y Mary Jean en esta Corte, me pregunto para mis adentros: ¿usarán las herramientas del derecho como mujeres, para todas las mujeres? Pienso que la verdadera cuestión feminista no es determinar si los biológicamente hombres o las biológicamente mujeres ocupan posiciones de poder, aunque sea absolutamente esencial que las mujeres las ocupemos. Y con esto no quiero decir que los puntos de vista tengan genitales. La cuestión es saber con qué nos identificamos, cuáles son nuestras lealtades, quiénes integran nuestra comunidad, a quién le rendimos cuentas. Si esto no parece muy concreto, creo que se debe a que no tenemos idea de lo que tendríamos que decir las mujeres en tanto mujeres. Evoco para las mujeres un rol que todavía debemos crear, en nombre de una voz que, no silenciada, pueda decir algo que nunca fue escuchado. Me arriesgaré un poco más con este contenido. En el mundo jurídico donde unos pierden y otros ganan, donde el éxito se mide por los fracasos ajenos, en este mundo que nos exige aplastar o ser aplastados, quiero decir: hay otro camino. Las mujeres que nos negamos a olvidar cómo son tratadas las mujeres en todas partes del mundo todos los días, que nos negamos a olvidar que *eso* es lo que significa ser una mujer, no importa cuán seguras podamos sentirnos por haber escapado provisoriamente... las mujeres en tanto mujeres encontraremos ese camino.

PARTE II Aplicaciones

Si usted está viviendo con un hombre, ¿qué hace dando vueltas por las calles haciendo que la violen?

EDWARD HARRINGTON, abogado defensor en un caso de violación en banda en New Bedford

Para ella, el romance era su sustituto suicida para la acción; la fantasía, su sustituto suicida para el mundo real, un vasto mundo. Y el coito era su sustituto suicida para la libertad.

ANDREA DWORKIN, *Intercourse* (1987), discutiendo sobre Emma Bovary